

Andrew DE LA GARZA, *The Mughal Empire at War: Babur, Akbar and the Indian Military Revolution, 1500-1605* (Londres y Nueva York: Routledge, 2016).

*UN OBSERVADOR europeo [es decir, el padre Antonio Monserrate, S.J., jefe de la primera misión jesuita a la corte mogola] que acompañaba a Akbar en una campaña escuchó al emperador hablar con sus hombres de la batalla de Alcazarquivir, peleada a miles de millas de allí, en el norte de África, por fuerzas portuguesas y marroquíes (pág. 185).*

Hay un problema relativo al papel de la fuerza en la construcción del mundo moderno. Como todos vimos surgir la hegemonía europea del siglo XIX de las cenizas y humaradas de decenas de guerras peleadas por los imperios europeos en todo el globo, desde la caída de Tenochtitlán hasta la descolonización, parece entonces crucial que determinemos la manera en que esta efectividad en el manejo de la fuerza jugó un rol en la consecución de tal hegemonía. Pero, dado que esta hegemonía es la única (¡ya habrá lugar para poner esto en entredicho si es necesario!) que dio a luz una organización “moderna” de los asuntos humanos, habrá también que ver en qué radicó su originalidad, o “excepcionalidad”, según dicen algunos. Esto atañe también al uso de la fuerza. ¿Cuál es el aspecto excepcional de la fuerza europea?: otros pueblos habían obtenidos victorias violentas en el pasado, y algunos de esos victoriosos las habían consolidado en imperios, pero nunca ningún otro pueblo había creado el sistema moderno de la vida humana sobre la base de su violencia, ni había organizado su violencia con ese sistema... Nos pareciera como si esto tuviera de significar que hay, pues, en la violencia de este nuevo victorioso, único en su tipo, algo que es también único.

Esta sospecha de que la violencia europea que llevó a la construcción del mundo moderno es única –y no es simplemente una violencia más violenta que las demás– puso en segundo plano el papel de la invención tecnológica y de la reflexión estratégica pura en la eficacia inusitada de sus ejércitos modernos al pelear, al punto de que esa eficacia llegó a exagerarse. En lugar de hablar solo de invenciones como el rifle, o de la calidad de la enseñanza en las escuelas de guerra que desde entonces educan a los oficiales de los ejércitos en las artes de la maniobra, el posicionamiento y la autoridad, lo que se nos dijo, en la hipótesis de la “revolución militar”, es que ciertas inclinaciones racionalistas latentes en Europa favorecieron una completa reorganización de las sociedades de ese continente –sus instituciones estatales, su sociedad civil, sus valores– que le permitieron a Europa crear ejércitos con mayor inventiva y permanencia institucional que pudieran no solo servirse de las innovaciones estratégicas y tecnológicas, sino reorganizarse alrededor de esas innovaciones y, en esa reorganización, rehacer sus sociedades. Es decir, ejércitos profesionales y permanentes, y no

simplemente habilidosos en el uso de la pólvora, en el seno de estados monopolizadores de la violencia.

Aceptémoslo. Sin embargo, la pólvora no fue solo cosa de Europa. ¿Es cierto, acaso, que otomanos, safávidas, mogoles y chinos, que vivían en los más grandes imperios del siglo XVI, solo se sirvieron de las innovaciones tecnológicas –es decir, aprendieron a disparar fusiles y cañones– sin “reorganizarse”? Ciertamente, no iban a reorganizarse a la manera europea, pues sus campos de batalla, sus armas, sus animales y sus guerreros diferían, como veremos, de los de Europa, pero ¿habrán llevado a cabo una reorganización *del mismo tipo*? Después de todo, la organización de campañas que movilizaban cientos de miles de tropas con sus caballos para ganar batallas contra enemigos igual de bien armados y dispuestos para el combate requeriría, seguramente también en Asia, de alguna organización logística y estratégica bajo la autoridad de alguna institucionalidad pertinente que debiera reorganizarse si las condiciones de la guerra llegaran a cambiar, ¿o no?

Este debate entre dos hipótesis históricas tan opuestas entre sí cruza todo el planteamiento del libro de Andrew de la Garza. Por un lado, anota este:

La superioridad occidental, pese a hacer su entrada lentamente, se describe frecuentemente como un resultado inevitable de este proceso [de monopolización de la violencia y tecnificación de los combates]. La discusión acerca de la Revolución Militar va acompañada, frecuentemente, de aserciones sobre la excepcionalidad europea, y de referencias a otro leitmotiv de la historiografía militar reciente: la “manera occidental de hacer la guerra”. Esta teoría ha sido diseñada para explicar el ascenso de Europa y, eventualmente, de Norteamérica hacia la dominación militar y política global. Este paradigma se asocia con Victor Davis Hanson... Hanson argumenta que hubo varios elementos clave de la cultura occidental que sirvieron de base para la excelencia militar, y que estos valores han permanecido casi sin interrupción desde que fueran expresados por vez primera por los hoplitas ciudadanos de la Antigua Grecia (pág. 9).

Hablando del otro lado de este debate, De la Garza nos dice:

Peter A. Lorge afirma que la revolución militar de Europa no fue la primera de su tipo; que una transformación similar, basada en la pólvora, en fortificaciones y en la expansión de los ejércitos y de la infraestructura civil necesaria para su mantenimiento, había tenido lugar en Asia varios siglos antes. “La manera de hacer la guerra de la modernidad temprana fue inventada en China durante los siglos XII y XIII”, afirma Lorge de sopetón. “La significancia de la revolución militar europea radica en que la práctica militar europea, y posiblemente también sus instituciones gubernamentales, se volvieron más chinas antes de que pudieran servirse por completo de las armas de fuego”. [...] Aunque el eventual resultado [de los enfrentamientos entre los ejércitos europeos y asiáticos] fuera decisivo, no estaba en absoluto predeterminado, y no invalidó el largo historial asiático de innovación y excelencia militar (pág. 11).

La cuestión que nos convoca está ya servida; todo ejército del siglo XVI debió aprender a disparar las armas de fuego y, por tanto, aprender a defenderse de enemigos armados con armas de fuego, tan pequeñas como la pistola que se dispara a diez metros y tan grandes como la más grande de las bombardas diseñadas para demoler muros. Toda la táctica de los

campos de batalla habría de sufrir un revolcón y, en medio de este revolcón, Babur, noble gengiskánida y timúrida de Uzbekistán, ballestero experto, habiendo fracasado en la conquista de Samarcanda, viajó al sur con su ejército y fundó, en 1526, el que conocemos como Imperio Mogol, que “emergió, puede decirse, como el estado más poderoso del mundo, custodiando fronteras que iban desde Asia Central hasta la punta sur de India, manteniendo en armas a más de un millón de soldados y controlando una cuarta parte del producto económico mundial” (pág. 7). ¿Tuvo, pues, lugar una “revolución militar” en semejante imperio?

De la Garza se propone responder a esta pregunta mediante el examen del funcionamiento del ejército mogol, y ¿qué mejor era para determinar cómo se adaptó este funcionamiento a las nuevas reglas de la guerra que el reinado de Akbar, un reinado en que el nuevo imperio se expandiría por toda India, pelearía contra enemigos diversos y construiría las bases de su institucionalidad? Pero ¿sobre qué fuentes hacer este examen?

Las fuentes no son escasas, pero han sufrido tremendamente. Delhi fue destruida por el Imperio Británico, y los archivos centrales del Imperio Mogol han desaparecido. Estando este dotado de un ejército central, los documentos acerca de su organización (sus órdenes diarias, sus revistas rutinarias, los rechazos y aprobaciones de sus compras y contratos, etcétera) se ubicaban mayormente en el archivo central del imperio, y no puede echarse mano de la profusión de archivos regionales y locales tan útiles cuando se estudian otros aspectos de este periodo de la historia de India. En esto es también excepcional Akbar. Pese a ser disléxico (probablemente) y mal escribiente (habiendo podido aprender a leer y escribir únicamente ya en la adolescencia), Akbar era un hombre inteligente, hábil para la organización de sus subalternos y la invención al nivel del dibujo tecnológico, lo que nos ha dejado unas memorias suyas (las *Akbarnama*, redactadas por su mejor filósofo de cabecera, Abu al-Fazl) que detallan la conducta de sus ejércitos en las batallas comandadas por él, y las características e innovaciones de muchas de las máquinas que este ejército emplearía al obedecer sus órdenes. Esto, dado el carácter ejemplar de las memorias del emperador, motivó todo un género de libros entre sus contemporáneos y sucesores.

En este asunto de las innovaciones en la maquinaria de guerra, pocas diferencias hay con respecto a Europa. Con excepciones, como la forja catalana, casi toda la técnica fabril europea existía en India. Otras técnicas, como el acero damasceno, estaban más desarrolladas en los mercados a los cuales tenía acceso el estado mogol. Esto significaba que el nuevo armamento mogol era tan bueno como el europeo, o mejor: “a comienzos de la era colonial, los observadores británicos notarían que los mosquetes de estilo hindú, muy parecidos a los que se usaban durante la época de Akbar, eran con frecuencia más precisos que los modelos europeos ‘modernos’” (pág. 73). La comparación pone de manifiesto el avanzado nivel de perfeccionamiento de las técnicas de manufactura en India, bastante capaces de fabricar armas idóneas para los objetivos de sus guerreros.

En otros aspectos de la formación de un ejército podrían encontrarse mayores diferencias entre las condiciones de los mogoles y las de sus contrapartes europeas, que por entonces movilizaban miles de hombres para luchar las guerras dinásticas de Europa, o peleaban contra la expansión otomana en Viena y Lepanto. En Europa no había elefantes ni camellos, y los

caballos eran más escasos que en las llanuras de Asia Central, donde además abundaban arqueros montados excelentes, expertos en el tiro debido a un estilo de vida nómada que en Asia disfrutaba del estatus que conllevaba la existencia de las noblezas nómadas. No solo esto, sino que el campo de batalla era distinto: fuera de las tierras áridas afganas, no existían en India las inmensas llanuras que hacían posible la batalla campal en Europa, lo que restringía inmensamente las cargas masivas de infantería. En su lugar, un terreno accidentado, repleto de ríos, riachuelos, arroyos, lagunas, pantanos y vados sería el escenario de todas las batallas que se pelearan al sur del Himalaya. En estas condiciones:

- 1) La movilización y desmovilización de los ejércitos era en India un problema menor, pues *los niños* aprendían el manejo de las armas, en particular del arco, una de las armas cuyo entrenamiento más tomaba tiempo, lo que significaba que los reclutadores tenían a la mano, en cualquier momento, un ejército que podían formar rápidamente sin por ello carecer de experticia. Además de la increíble tecnificación en la fabricación de todo tipo de ballestas, incluso aptas para el tiro de francotirador, esta prontitud en la leva de tropas idóneas para el tiro con arco (y, en general, de tropas de todo tipo) eliminaba parte del incentivo para sustituir todo el arsenal arrojadizo por armas de fuego, que, en un primer momento, dados su impulso explosivo, la forma esférica o irregular de los balines y la inexistencia de los cañones estriados y los cartuchos y proveedores más tardíos, eran extremadamente imprecisas, y ofrecían solo la ventaja de la rapidez en el entrenamiento;
- 2) Los ejércitos de India estaban sujetos a un mayor poder de fuego, pues sus enemigos podían lanzar ataques rápidos de arqueros a caballo capaces de disparar en movimiento, y las infanterías estaban en posesión de armas arrojadizas con mayor frecuencia. Además, varias de las armas de fuego adoptadas en India, y no en Europa, favorecían este poder de fuego: señalemos solo las torretas adaptadas para ser disparadas desde camellos y elefantes, lo cual permitía mover cañones ligeros que en Europa debían ser armados para ser halados por carros a caballo, y la granada propulsada o *rocket*, arrojada sobre el enemigo más o menos de la misma forma que hoy bajo los nombres de Bazooka y RPG; y
- 3) En India, la maniobra acarreaba un mayor costo logístico, pues debía hacerse con un inmenso número de animales y preparada para aguantar un mayor número de disparos, lo que significaba, por tanto, el transporte de diversos tipos de cuidadores de animales y reparadores de máquinas, y de muchos más víveres y municiones. Semejante mudanza incluía muchas veces, dado lo accidentado del terreno, una suerte de remodelación de la naturaleza: se abrían diques, se construían caminos y puentes, se eliminaban cerros y desniveles y se construían redes inmensas de campamentos y trincheras fortificadas. Es decir, el transporte de los ejércitos *debía ser más lento*, y las líneas de aprovisionamiento debían cuidarse más y estirarse menos, todo lo cual
- 4) Significaba que las tropas peleaban sin órdenes cerrados —pues un orden cerrado podía ser derribado fácilmente por una andanada de flechas o arrollado por un elefante—

, lo que separaba a sus pelotones entre sí y dificultaba la transmisión de las órdenes *durante* el combate, lo cual a su vez imponía un apego mucho más estricto que el europeo a las órdenes *previas* al combate, cosa que limitaba (según protocolos previamente establecidos) maniobras repentinas como la persecución del enemigo en retirada, y, dado el hecho de que los tiradores, al dispersarse por el campo de batalla, no concentraban el fuego disparando por turnos, aparecía como un estilo desordenado, *indisciplinado*, a los ojos de los observadores europeos; y

- 5) Significaba también que las tropas asumían teatros de combate más duraderos y costosos, de una manera que los europeos contemporáneos tendían a considerar ineficiente, lo que llevaba a guerras de rebelión (pues el Imperio Mogol, después de la caída de los sultanatos del Decán durante la primera mitad del siglo XVII, era en India una fuerza inexpugnable que no estaba expuesta a amenazas extranjeras) cuya victoria definitiva en el campo militar era difícil de conseguir, y, por tanto, a una cultura política en que se movilizaba al ejército (de nuevo, lentamente) no para enfrentarlo al enemigo, sino para amenazar al enemigo con el costo de hacer frente a una campaña tal; es decir, una cultura política en que la victoria dependía de la negociación entre los líderes rebeldes y los delegados del emperador.

El ejército resultante, *moderno* como el que más, permanente, centralizado y profesional, con jerarquías y cadenas de mando, rangos de habilidad para cada unidad (un mosquetero, por ejemplo, cabía en una de quince categorías de acuerdo con su precisión en el disparo y su experiencia en el combate), sueldos escalafonados, objetivos políticos y exigencias institucionales, funcionaba, por moderno que fuera, de manera distinta a la manera en que funcionaban los ejércitos *modernos* de Europa, que peleaban a pie, en campos abiertos, con órdenes cerrados, con pocos arqueros (hablando comparativamente), con bombardas imponentes, sin explosivos arrojados y en nombre de sociedades colonialistas menos ricas. Esto influyó otros desarrollos del campo de batalla hindú; por ejemplo: “los infantes mogoles peleaban más como individuos o en unidades pequeñas que como grupos grandes, comportándose más como escaramuzadores y francotiradores que como granaderos. Por esta razón... la bayoneta nunca se adoptó ampliamente” (pág. 183).

Pero entonces, con un ejército tan bien dotado, ¿por qué no fue rival el Imperio Mogol contra la expansión europea? ¿No debería desconcertarnos entonces que el Imperio Mogol no se hubiera embarcado, con sus ventajas militares, en la colonización de tierras lejanas? ¿Cómo es que no hubo conquistas mogolas de América o, después –y más fácilmente–, un establecimiento colonial mogol en África con el cual este imperio, enriquecido, hubiera evitado su subyugación a la colonización británica? La respuesta de Andrew de la Garza abandona las pretensiones de abstracción y se vuelve narrativa: la razón no se ubica en los valores latentes de India –aunque es cierto que no existían en India bases ideológicas con que lanzarse a la *colonización* de pueblos lejanos, a la manera europea–, ni en el lento desarrollo de la institucionalidad en el largo plazo, sino en *lo que pasó*: el Imperio Mogol, que no había enfrentado amenazas de invasión ni chinas ni safávidas, enfrentó su primera gran invasión, la invasión británica, justo después de una seguidilla de grandes rebeliones bastante desestabilizadoras

(fuera del ámbito cronológico del estudio, 1500-1605), y no resistió este primer encuentro porque no tenía cómo, puesto como estaba en el borde de su resiliencia:

Puede decirse que la derrota de India y la victoria de Europa fue simplemente cosa de sincronía, de contingencia. Imagínese el destino de Europa occidental si los vikingos, los sarracenos o los mongoles hubieran llegado solo unas décadas después de la caída del Imperio Romano. En el momento más crítico e incierto de la India, había a sus puertas agresores prestos y listos para atacar (pág. 197).

Aunque el asunto del crédito de la invención de la manera moderna de hacer la guerra excede el estudio de Andrew de la Garza (tal vez excede los límites de todo estudio histórico, y pertenece más bien al arsenal de los mitos del nacionalismo y el antinacionalismo), también es cierto que la forma original de la hipótesis de la revolución militar no puede sostenerse en simultáneo con su descripción de una revolución militar mogola: esta ocurre porque las condiciones contingentes lo exigen; porque hay que consolidar el imperio que fundó Babur y vencer a los rebeldes de toda India, y extinguir la amenaza de los sultanatos del Decán y las invasiones afganas, y todo esto hay que hacerlo usando las nuevas armas de fuego, y protegiéndose de ellas. No hay que buscar –como se hará al momento de explicar la revolución militar europea– las explicaciones de esta reorganización en valores inmanentes de una cultura excepcional que, en su excepcionalidad, habría permanecido incambiada hasta que el potencial florecimiento moderno tuviera lugar. En vez de eso, este énfasis en la *contingencia* pone de manifiesto una característica de los sistemas que debería ser considerada en los planteamientos teóricos que tanto se abstraen de la historia para ofrecer las razones de que esta haya sido como fue: un sistema humano sofisticado, sometido a una complejización creciente –un imperio en expansión que debe adaptar su forma de hacer la guerra, digamos–, requiere de cierta sincronía delicada de todos los factores que constituyen su basamento y sus vulnerabilidades, sincronía esta que escapa al poder, el conocimiento y la previsión de quienes, por una u otra razón, están en posición de participar de la organización de un sistema tal.